



azulejos

FRANCO VACCARINI

# Algo más que un tesoro

Ilustración de  
JOAQUÍN SILVA



# Algo más que un tesoro

Franco Vaccarini

ILUSTRACIÓN DE TAPA  
DE JOAQUÍN SILVA

 | estrada  
Seguimos haciendo historia

  
azulejos

**Coordinadora de Literatura:** Karina Echevarría  
**Autor de secciones especiales:** Alejandro Palermo  
**Corrector:** Mariano Sanz  
**Coordinadora de Arte:** Natalia Otranto  
**Ilustración:** Joaquín Silva  
**Diagramación:** Laura Barrios

Vaccarini, Franco  
Algo más que un tesoro / Franco Vaccarini ; ilustrado por Joaquín Silva. -  
1a ed. - Boulogne : Estrada, 2018.  
144 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie roja ; 45)

ISBN 978-950-01-2225-2

1. Narrativa Infantil Argentina. I. Silva, Joaquín, ilus. II. Título.  
CDD A863.9282



**Colección Azulejos - Serie Roja**

**45**

© Editorial Estrada S. A., 2007.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.


Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2225-2

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



EL AUTOR  
Y LA OBRA



## BIO- GRAFÍA



FRANCO VACCARINI nació en 1963 en una zona rural de Lincoln (provincia de Buenos Aires), siendo el séptimo de ocho hermanos. A los seis años su familia se radicó en Chacabuco, también en el campo. Volvió a la ciudad de Lincoln para sus estudios secundarios. Allí empezó a escribir y a publicar en revistas estudiantiles. Al

terminar la secundaria, entrevistó a Jorge Luis Borges, en la casa del escritor, para la radio local.

En 1982 y por catorce meses hizo el servicio militar en la Base Naval de Puerto Belgrano. Poco antes de cumplir veinte años se radicó en Buenos Aires con un deseo indestructible: ser escritor.

Estudió periodismo, asistió a talleres literarios y participó de diversas revistas literarias. En 1998 empezó a publicar sus primeros relatos para un público infantil. En 2006 obtuvo el premio El Barco de Vapor con la novela *La noche del meteorito*. En 2012 publicó *Nunca estuve en la guerra*, donde narra en primera persona su experiencia en la post guerra de Malvinas, como conscripto enfermero en la Fuerza de Apoyo Anfíbio.

Su último libro hasta el presente es *Un artista sobrenatural y otros casos de Emilio Alterno*, conformado por tres novelas cortas donde se zambulle en el policial negro, uno de sus géneros preferidos. En esta editorial ha publicado, además, *La mecedora del fantasma*; *El muelle de la niebla*; *Un misterio pasajero*; *Si se mueve no es una cosa* y *La princesa se enamoró de mí*.

En la editorial Cántaro publicó *El hombre que barría la estación*; *Ningún crimen*; *Ganas de tener miedo*; *La isla de las mil vidas* y las versiones de clásicos: *Odisea/Homero*; *Mitos Clasificados 3*; *Héroes medievales*; *La olla/ Anfritrón*; y su versión novelada del *Martin Fierro*, de José Hernández.

Varios de sus títulos han sido publicados en Brasil, Chile, Estados Unidos, Canadá, Colombia, México y España.



## La obra

Un escritor cubano, que conocí en Caracas, me contó, en 1997, la historia de un pirata, seguramente imaginario. Este pirata, cada vez que abordaba un barco, se divertía haciéndoles ver a sus víctimas el lado positivo de las cosas: “Pues miren: hagan de cuenta que ya están muertos. Pero, si me dan el oro y todo lo que tengan de valor, yo les devuelvo la vida”.

Esa charla, que entonces me pareció irrelevante, quedó grabada en mi memoria. Aunque, si hay algo que nunca fui, es un lobo de mar.

Nací en el campo bonaerense, y los mayores espejos de agua de la zona eran lagunas: la laguna de Gómez, por ejemplo, en Junín, patria del pejerrey “flecha de plata”, un gran nadador de color blanco plateado.

A los diecisiete años, en Necochea, pude admirar por primera vez la costa marítima, con sus vientos helados y sus extensas playas. No me decepcionó, pero... ¡qué fría estaba el agua! Y yo, a diferencia del pejerrey, no sabía nadar.

En agosto de 1982 comencé la conscripción en la Base Naval de Puerto Belgrano. El mar, entonces, estaba teñido de espanto por la reciente guerra de las Malvinas. No pude experimentar su belleza, en aquel puerto sembrado de corbetas y fragatas de color gris plomo. Los cañones de las cubiertas me parecían los picos de enormes pavas con las que se hubiera podido cebar unos mates a Moby Dick, la ballena más famosa de la literatura.

Pasaron los años y conocí otros mares...

Pero vuelvo al principio, a Caracas.

Había ido a ver a Mechi, mi esposa, y a mi por entonces única hija, que ya llevaban un tiempo en Venezuela. Debido a que una compañía aérea quebró inoportunamente, Mechi consiguió, por medio de la embajada argentina, dos pasajes para volver por otra aerolínea, pero adelantando el regreso. Y yo, que las añoraba en Buenos Aires, de pronto me quedé añorándolas en Caracas (¡y ellas, en Buenos Aires!).

En una de mis solitarias excursiones, visité al escritor cubano, con quien me había puesto en contacto por encargo de un conocido común. De ese modo me enteré de la historia del pirata que devolvía vidas y se llevaba el oro. El mejor programa, en esos días, consistía en acercarme al mar, el Caribe, tan engañosamente tranquilo, y dejar pasar la tarde,

mojado por el agua tibia, pero no muy lejos de la playa (aún no había aprendido a nadar).

En el invierno de 2004, Mechi entró en casa con una brújula que había encontrado en la vereda. Marcaba el norte con una flecha color plata, aunque de punta roja (lo que la diferenciaba del pejerrey nadador). La brújula quedó en mi escritorio y allí permanece hasta el presente, como un talismán. Comencé a buscar información sobre el Caribe, los piratas, las flotas de los diferentes países, las leyendas, los animales fabulosos que los navegantes creyeron ver en la región. Una amiga, Adriana Ballesteros, me preguntó si me interesaba llevar a cabo una investigación sobre piratería para cierta editorial; aunque el trabajo nunca se concretó, fue el disparador para iniciar la novela. Robert Louis Stevenson reapareció en mi vida. Releí *La isla del tesoro*, y volví a encontrarme con la magia de aquellos filibusteros de voluntad a toda prueba. ¿Se bañarían en alta mar? ¿Sería verdad que las galletas se llenaban de gusanos después de varias semanas de navegación? ¿Y qué pasaba si un tripulante se enfermaba? ¿Habría médicos a bordo?

Escribí tres versiones. En el paso de la primera a la segunda, mi amigo Mario Méndez señaló posibilidades desaprovechadas y me sugirió algunas mejoras. Mi hermana María Alicia me alentó con su lectura, y mi hermana Vilma me prestó su impresora. Cuando Alejandro Palermo confirmó la publicación de la novela en la presente colección, me sentí un viejo lobo de mar. Aunque..., antes de afirmar esto, creo que debería aprender, de una vez por todas, a nadar.

F. V.





# **Algo más que un tesoro**

Franco Vaccarini

*Para Mechi.  
Para Valentina y Camila.*

# 1 | El tesoro encuentra a los buscadores

Buco Mungaro era el capitán más joven en todo el mar de las Antillas<sup>1</sup>, fuerte como un búfalo y hábil para el combate cuerpo a cuerpo, pero aquella mañana temblaba de miedo entre las sábanas de su litera<sup>2</sup>. Despertó de un salto, con el cabello húmedo y revuelto cayéndole sobre la frente. Empujó hacia atrás los mechones rubios con su mano callosa, sumido en la fiebre, pensando en ciclones, caníbales y criaturas misteriosas. Al fin lúcido, comprobó que había sufrido una pesadilla. Más todavía: una sucesión de pesadillas. Mala señal. Se vistió y caminó hasta la cubierta.

—¡Buen día, capitán! —lo saludó el vigía, firme en su torre del palo mayor.

—Que así sea, buen día —respondió, no muy convencido.

Se concentró en la rutina, el trabajo, las órdenes que impartía con la seguridad de quien había nacido para mandar en un mundo peligroso.

---

1 Grupo de archipiélagos de América Central que se extiende en forma de arco desde las penínsulas de Yucatán y Florida hasta la costa de Venezuela, separando el océano Atlántico del mar Caribe.

2 Cada una de las camas estrechas y sencillas que se usan en los barcos, y que se suelen colocar una encima de otra para economizar espacio.

Su viejo bergantín<sup>3</sup> parecía una presa débil, pero no en vano se llamaba *El Invicto*. Los cañones podían toser pólvora de la buena, si se los obligaba con un cebo encendido. Del mástil pendía una orgullosa bandera blanca que exhibía, estampadas en rojo, las palabras *Paz y Libertad*. Con apenas veinte años, Bucu Mungaro ya era un navegante avezado. Su humor estable propiciaba un ambiente agradable a bordo, sin las habituales refriegas, tan comunes entre los marineros, luego de varios días de navegación. Los más temerarios se atrevían a bromear con él, pero todos cumplían a rajatabla sus consignas. La furia del capitán era ocasional, pero, una vez desatada, más temida que los devastadores huracanes del trópico.

*El Invicto* no era el único barco en aquellos archipiélagos fantásticos. Sobre las aguas turquesa se abrían paso los galeones<sup>4</sup> españoles, cargados de oro. Como donde hay queso hay ratones, abundaban los piratas<sup>5</sup> y los corsarios<sup>6</sup> de bandera inglesa, holandesa o francesa cuya misión era robar a los hispanos para sus propias coronas, y quedarse con su parte del botín. Otros navíos, sucursales del infierno, traficaban esclavos africanos.

• • •

---

3 Buque de dos palos y vela cuadrada o redonda.

4 Buques grandes de vela, con tres o cuatro palos. Podían ser de guerra y mercantes.

5 Personas que se dedicaban al abordaje de barcos en el mar, para robarlos.

6 Navegantes de buques mercantes, que tenían autorización del gobierno de su nación para perseguir a los piratas o a las embarcaciones enemigas.

Las olas mecían con suavidad al bergantín, tanto que en alguno de sus camarotes se hubiera podido arrullar a un bebé. Pero en *El Invicto* no había nada parecido a un bebé. Apenas un loro ronco, el consentido Ecopicote, que exigía comida en las orejas del cocinero de a bordo, un hombre pasado de peso y con veleidades de aristócrata, don Ginés Casafuz de la Sierra, apodado, con malicia marinera, Cebollafrita. Odiaba al loro.

—Ed, por favor, ¡que este maldito animal se vaya de aquí o lo convertiré en cena!

Ed Alegrías, un gigante hosco, de buen corazón, peludo y gordo como un ogro montañés, le contestó:

—Y seguro que la guarnición será con cebollas, ¿verdad, Cebollafrita?

Varios tripulantes festejaron la broma con risotadas.

Ecopicote se apoyó en el hombro de Ed, su protector. Las quejas de don Ginés eran un espectáculo gratis para la dotación y la única cosa en el mundo que hacía sonreír al gigante. Porque a Ed Alegrías las malas noticias le sentaban de maravillas: el ceño fruncido y su pesimismo crónico lo convertían en un recipiente ideal para llenar con historias de naufragios, de incendios y de pestes, que él reproducía con inocultable placer. A pesar de todo, era uno de los dos lugartenientes<sup>7</sup> del joven capitán, por su habilidad para detectar problemas. El otro era Mulo Espinas, llamado así por

---

7 Personas que tienen autoridad y poder para tomar el lugar del jefe, cuando este no está.

su paciencia casi terca y la barba dura. El doctor Brajó, médico del barco, vivía en su gabinete, enfrascado en estudios y experimentos con plantas medicinales y solo aceptaba la compañía del capitán cuando exploraban una isla, en busca de hierbas curativas.

. . .

Lejos de las pesadillas, apoyado en la baranda de la cubierta, Buco Mungaro se entretenía observando a una bandada de pelícanos. Una y otra vez los veía descender hasta el borde del agua, con el pico abierto, en busca de un bocado apetecible. La gracia y la destreza de las aves para caer en picada lo sumergieron en vagos ensueños. Se consideraba a sí mismo un poeta y luego un hombre de mar, aunque solo escribía de noche. De día no se permitía distracciones, pero la visión de los pelícanos lo inspiró. Podía sentir cómo las imágenes pujaban en su mente, las palabras impacientes, el cautivante llamado de la belleza. ¡Cómo esperar hasta la noche!

Al cabo se contentó con memorizar unos versos. Cerca rondaba Ed Alegrías.

—Deberías dejar de pelear con don Ginés y observar a los pelícanos; vamos, te presto el catalejo —lo invitó Buco.

Ed Alegrías tomó el aparato, pero ignoró a los pelícanos.

—Sucias aves de mar —sentenció, para sí mismo.

Recorrió el lejano horizonte. Fiel a su carácter, dijo:

—¡Hmmm! Hay unas nubes al fondo.

Sobre su hombro, Ecopicote se apresuró a repetir:

—¡Currrr! ¡Nubes al fondo, nubes al fondo!

—Esas nubes no vendrán por aquí, el viento las aleja  
—diagnosticó Buco.

Ed, que conocía mejor que nadie las sutilezas del clima, concordó a medias:

—No vendrán... por ahora.

Y Ecopicote, a la par de su amo, graznó:

—¡Por ahora! ¡Currrr!

. . .

A media tarde, la mayoría de la tripulación disfrutaba del ocio, en torno a un grupo de marineros que practicaban su deporte favorito: se llamaba Bola de Carne y exigía un gran estado físico. El juego consistía en rodear las rodillas con los brazos y a continuación inclinar la cabeza; de ese modo el cuerpo adquiriría redondez. Se daba por ganador al que consiguiera rodar más tiempo y más lejos, a costa de estropearse un poco los nudillos, el espinazo y la nuca.

De pronto, el alerta del vigía interrumpió la competencia:

—¡Barco a la vista!

Buco tomó el catalejo.

Sí, un velero se acercaba velozmente, directo a ellos.

—Qué extraño, navega demasiado rápido —dijo en un susurro.



Luego, casi hablándole al oído a Ed, le indicó:

—Que todos vayan a sus puestos.

Ed, con su vozarrón, gritó:

—¡A ver, holgazanes, muévanse! ¡Se acabó el recreo, artilleros<sup>8</sup>!

Mulo Espinas, detrás de uno de los cañones, protestó:

—Acepto tus órdenes, Ed, pero ¿no se puede callar el loro?

Ecopicote volaba por toda la cubierta, chillando:

—¡A sus puestos, holgazanes! ¡Currrr! ¡Currrr!

Cuando Buce Mungaro iba a ordenar a los artilleros un cañonazo de advertencia, el velero se detuvo. Él mismo se ocupó de maniobrar el timón para ponerse a la par.

—¡Prepararse para el abordaje! —exclamó.

El capitán fue el primero en pisar la cubierta, seguido por diez de sus hombres. Revisaron los camarotes, la bodega, el comedor: todo se veía sucio y abandonado. Los barriles de los víveres yacían vacíos; la sentina<sup>9</sup>, con un metro de agua estancada y corrompida, olía a matadero. Nadie, nada vivo había allí.

Fue entonces cuando Ed apareció en cubierta con un rollo de pergamino<sup>10</sup>. Lo había encontrado sobre una mesa, en la cocina.

---

8 Marineros encargados de la artillería (es decir, los cañones, los morteros, los obuses y demás armas de guerra).

9 Cavidad inferior de la nave, que sirve para juntar las aguas que se filtran por los costados del buque, y de donde son expulsadas después mediante el uso de bombas.

10 Piel de animal, especialmente preparada, que sirve para escribir en ella, para forrar libros o para otros usos.